

LA NOVELA SEMANAL

L 52-6



La Pasarela

POR

OTTO MIGUEL CIONE

PRECIO: 10 Centavos

Más de 200.000 personas la leen

Un obsequio delicioso

que siempre es aceptado con agrado y que pone de manifiesto la delicadeza de quien lo ofrece, lo constituye una caja de los exquisitos

Bombons Extra

de GONTARETTI Hnos.

Superan por su delicioso sabor y excelente calidad a los más finos que se importan.
Se venden en cajas de varios tamaños y sueltos a \$ 3.—el kilo.

La alegría de las fiestas

será mayor para Vd. si al celebrarlas entre personas de su afecto se ha provisto de nuestras

CANASTAS DE NAVIDAD y AÑO NUEVO

CADA CANASTA CONTIENE:

- 1/2 bot. Champagne Pommery
- 1/2 bot. Champagne Moët y Chandon
- 1 pan dulce a la Genovesa
- 1 turrón de Almendras
- 1 " " Avellanas
- 1 Mazapán de frutas
- 1 caja de Bombones
- 1 " " Frutas confitadas
- 1 paquete de Confites "Paris"
- 1 " " Peladillas

PRECIO: en la Capital o puestro en las estaciones de F. C.

\$ 30.— m/n.

CONFITERIA

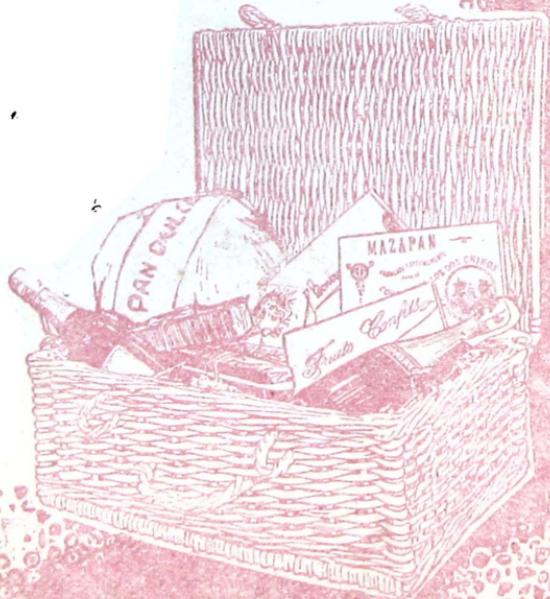
"LOS DOS CHINOS"

de GONTARETTI Hnos.

ALSINA Y CHACABUCO

dos Teléfonos

BUENOS AIRES



"LA NOVELA SEMANAL"

Administración: FLORIDA 248—Buenos Aires—U. T. 946, Avenida

Unico Concesionario para la venta en la Capital Federal:
LUIS B. GALVAN, Sarmiento 730.

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Canelones 990.

Agente en Rosario: CELERDONIO ECHAVE, San Lorenzo 1250.

Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, núm. 633.

Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2451.

Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

Y en todas las principales localidades de la República.

Las personas que tengan interés por la venta de "LA NOVELA SEMANAL" en las localidades del interior y exterior de la República, donde no tengamos representantes, pueden solicitar la agencia de nuestro semanario, siempre que acrediten tener la responsabilidad necesaria para el caso, a la Agencia General, Rivadavia 1573, Buenos Aires.—LA ADMINISTRACION.

PARA EL LECTOR

Dada la crisis de papel por que atraviesan todas las empresas editoriales del país, hemos resuelto en lo sucesivo no volver a reeditar ningún ejemplar de los números agotados. Pero en beneficio del público interesado por nuestras colecciones, en lugar de aumentar, como habíamos anunciado, el precio del ejemplar atrasado, éste valdrá en lo sucesivo y como siempre 10 centavos.

Actualmente casi todas nuestras obras (la mayoría reeditadas) pueden adquirirse en los kioscos, estaciones del subterráneo y ferrocarriles, vendedores de diarios o a nuestros agentes del interior.

Veán, al final, la lista de las obras publicadas.

IMPORTANTE

Hacemos notar a los señores subscriptores, cuyo abono haya vencido en esta fecha, se sirvan renovarlo, para evitar la interrupción del envío de la novela.

El Jarabe de Higos "California" es lo mejor que se conoce para niños enfermizos y febriles

Si el estómago está ácido, el hígado torpe o los intestinos obstruidos, dele al niño Jarabe de Higos "California"

Las madres pueden estar satisfechas después de dar el Jarabe de Higos "California" a sus niños, pues en pocas horas hace desaparecer de los intestinos ese estreñimiento venenoso, bilis ácidas y alimento fermentado, y el niño estará sano y contento otra vez. Los niños no dejan sus juegos por evacuar, y el resultado es que los intestinos se obstruyen, el hígado se pone pesado y viene el desorden en el estómago.

Cuando los niños estén intranquilos, febriles e inquietos, mire a ver si tienen la lengua sucia, y entonces déseles este delicioso "laxante de fruta". Los niños lo encuentran muy agradable al paladar, y es completamente inofensivo. No im-

porta lo que tenga el niño, si tiene resfriado, mal de garganta, diarrea, dolores de estómago, el aliento fétido, acuérdesese que un laxante suave es el primer tratamiento que debe dársele. Direcciones completas vienen impresas en cada botella, sobre la manera de tomarlo los niños de todas las edades, así como los adultos.

Cuídese bien que no le den ningún otro jarabe falsificado. Pídale a su boticario una botella del Jarabe de Higos "California", y vea que esté fabricado por la "California Fig Syrup Company". No fabricamos tamaños pequeños. No admita ningún otro jarabe que no sea el genuino.



Pedro E. Mattaldi

667, Calle SARMIENTO, 683

— Buenos Aires —

Marca Registrada

Artículos de viaje

Marroquinería fina



Valijas
con
Utiles



Carteras
para
Señoras y
Niñas

— FABRICA ARGENTINA —

Cuide su cabello y hermoséelo con "Danderine"

¡Gaste algo! La caspa desaparecerá y no se le caerá el cabello.

¡Pruébelo! Su cabello crecerá y se le pondrá ondeado y embellecerá en pocos minutos.

Si le gusta a Vd. tener abundante y lustrosa cabellera radiante de vida; si le gusta a Vd. un cabello suave y sedoso, pruebe Danderine.

Una sola aplicación duplicará la belleza del cabello y destruirá la menor partícula de caspa. Vd. no puede tener una cabellera bonita, abundante y saludable si tiene caspa. Esta costra destructiva le roba todo el lustre al cabello, así como su fuerza y vida, y, si no se combate, produce un estado febril y picazón en el cráneo; las raíces del cabello se aflojan y extinguen; entonces el cabello se cae.

Si Vd. ha descuidado su ca-

bello, y tiene poco, se descolora, está seco, áspero o muy grasoso, compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier farmacia, aplíquese un poco, siguiendo las indicaciones que acompañan a cada frasco, y diez minutos más tarde Vd. dirá que este fué el dinero que mejor ha invertido en su vida.

Sinceramente decimos que, fuera de todo lo anunciado, si Vd. desea tener cabellera suave, lustrosa, bonita y abundante, sin caspa, no tener picazón en el cráneo y que el cabello no se le caiga, debe usar Danderine de Knowlton. Si con el tiempo lo va a usar ¿por qué no ahora?

EL LUNES PRÓXIMO PUBLICAREMOS

LA PSICOLOGIA DE LOS CELOS

Por JOSE INGENIEROS

LA PASARELA

POR

OTTO MIGUEL CIONE

A Eugenio Martínez Thedy, orador magnífico.

I

La estancia núm. 33 de la "Pensión de Artistas" se hallaba en el desorden natural que precede a la partida de la inquilina eventual — estrella cantante, bañarina, excéntrica, etc., etc. — que la habitara por el lapso de tiempo más o menos largo de su temporada teatral, en su "jira artística por las principales ciudades de Sud América".

El espectáculo que ofrece una "pieza de pensión" que se halla en esas circunstancias, aparte de tener cierta originalidad es por demás significativo. Remeda un campo después de una cruenta batalla; sólo que en vez de cadáveres quedan los restos de cientos de ilusiones, de miles de suspiros inefables, de huellas de besos capitosos junto a los de otros besos fríos y convencionales; fragmentos de tristezas inconfesadas, pensamientos inexpressados, angustias ahogadas en silencio, dolores morales, alegrías falsificadas...

En la última página insertamos la lista de las interesantes obras publicadas, que recomendamos adquieran todos los coleccionistas, y además anunciamos los nombres de los autores prontos a publicar.

Cae la tarde, la luz del crepúsculo entra perezosa en la estancia, como temiendo una trampa de la que no hubiera de salir más. Su luz mortecina se echa displicente sobre un lecho revuelto, una de cuyas sábanas asoma por un flanco rozando la alfombra, como si quisiera ponerse las pantuflas rosadas allí próximas e irse lejos, cansada de estar oprimida por unas espesas cobijas de lana y un cobertor acolchado de seda verde Nilo a medias montado sobre el respaldo posterior de la cama en plena independencia revolucionaria. La almohada, erguida, violentamente, apoya uno de sus extremos en el suelo y el otro en el lecho, pero sin tocarlo, en actitud de desconfianza temerosa como ante un cuadro de horror. Un almohadón asoma debajo de la cama como medroso de un castigo y el otro, niño travieso, empapa uno de sus ángulos en la palangana del lavatorio, que se asienta extemporáneamente sobre un sillón de cretona floreada. La toalla está triste y parece mediatibunda arrollada en un rincón como perro castigado; se la ha empleado en uso indigno, ha servido para quitarle el fango de la calle a unas botinas de un pié que por cierto no parece almendra. En un pequeño florero de plata se deshoja una rosa pálida y en el balde de las aguas servidas un gran ramo de violetas marchitas sienten la nostalgia de un escote donde reposarían toda una noche de holgorio. Junto a ellas una tarjeta de visita "hecha pedazos" en varios de los cuales se leen algunas palabras sibilinas: "pendantif", "admirador", "cruel", "traición" y muchos puntos admirativos.

Junto al lavatorio un pequeño biombo oculta un misterioso rincón de la estancia. ¡Horror! Detrás de la mesa de noche, junto a los restos de una media que otrora fué celeste, un retrato de un buen mozo, rasgado violentamente por la línea de la nariz como si un feroz mandoble la hubiera partido por gala en dos. Uno de los ojos mira hacia arriba sin saber a quién y el otro se oculta espantado tras un pedazo de moño que bien pudo ser de una liga roja en otro tiempo. Una papelera artística está rebosante de fragmentos de cartas de distintas letras. Si todas comenzaran a hablar a la vez, todas dirían lo mismo, lo mismo siempre, las mismas imágenes, las mismas lamentaciones, las mismas declaraciones amorosas, las mismas estupideces más o menos disimuladas bajo el oropel de una fraseología de ocasión.

Una actriz que se vá deja detrás de sí un mundo de desastres todo en pedazos, en jirones, conciencias, amores, cosas y objetivos!

Una puerta del infaltable ropero "de tres cuerpos" está entreabierta. Dentro de uno de los estantes una pluma negra enroscada como un gusano gigante queda abandonada, huérfana e inservible soñando con el tiempo en que era ave, después adorno titilante de una linda cabecita loca y por último símbolo del espíritu de su dueña: "Pluma al viento!". Una camisa en jirones ostenta cintas color rosa que su ama no ha querido tirar a pesar de hallarse en buen estado. ¡Ah! el destino de esas camisas cuyo final obligado es el sepulcro de un estante de ropero en el cementerio de una casa de pensión! Prendas de vestir riquísimas abandonadas porque sí, porque no cabían en los baúles repletos, por despilfarro, porque ellas no han costado casi nada a su dueña, porque las sedas y encajes cuando son de una artista "de varietés" tienen que usarse un día o una hora y luego deben irse por donde han venido, rápidamente, misteriosamente!

Dos baúles enormes, tres valijas, unas grandes cajas de sombreros y otros bártulos hasta formar con la actriz que se va once bultos, componen todo el equipaje que espera al expreso que ha de llevarlo a bordo del buque de la carrera a Buenos Aires.

Sentada prosaicamente en uno de los baúles, silenciosa y pensativa resalta en la penumbra de la estancia, la silueta elegante y bella de la actriz "chanteuse a diction", Lyliane de Vainille. Cubre su cuerpo gallardo al par que glácil, un precioso tapado de viaje ornado de negras y brillantes pieles en el cuello, las botamangas, los sendos bolsillos y el borde inferior. De entre el cuello enorme de pieles surge una cabecita rubia que cubre artístico casco de plumas blancas con dos alas de Mercurio que le llevan el pensamiento a mil leguas de allí, a nuevos horizontes, nuevas aventuras, nuevas alegrías y también nuevos pesares y angustias!

Un velo a losanges liliáceos y negros cubre el fino rostro, suturizando las facciones de suyo delicadas, aunque dejando pasar a ratos los destellos perlados de unos ojos celeste gris, dominadores y enigmáticos. Permanece indiferente al parecer acentuándose en su rostro un fingido disgusto por la próxima partida que en el interior de su ser la llena de alegría insólita, casi injustificada y que ha de separarla de su amante de ocasión que se pasea a grandes pasos por la estancia, melancólico y realmente agobiado por el pesar de la separación.

Es un joven alto y grueso, elegante en el vestir, de rostro varonil

y resuelto, cuyos ojos castaños de mirada bondadosa y franca y la sonrisa plácida y natural de sus facciones pálidas dejan adivinar que se trata del clásico "bon enfant" víctima obligada de todas las artistas ambulatorias habidas y por haber. El mozo siempre anhelado, atento, amabilísimo, servicial, afectuoso hasta la fidelidad perruna; fácil a las lágrimas y a las más simples emociones, que logra hacerse estimar durante el espacio de un trimestre que es el tiempo máximo que en general dura una estada artística; pero que no logra hacerse amar nunca, ni un solo minuto por su compañera da ocasión. Se llama Raúl y su apellido ella no lo recuerda bien! Lyliane le observa de reojo, algo compadecida del estrago que origina su partida en el ingenuo corazón de su amante y medita:

Es igual en el fondo, aunque difiere en el físico, a los otros; al de Río de Janeiro, Río Preto, San Paulo, Buenos Aires, Mendoza, Valparaiso, Lima, México... con los que ha convivido, sucediéndose periódicamente en su corazón cansado y rebosante de hastío. Es el mismo que ha debido soportar en cada estación de su asendereada vida; el mismo a quien ha tenido la fatalidad de enamorar hasta los tuétanos, el mismo a quien ha traicionado cada vez que el capricho, o el fastidio la ha arrojado en la primer aventura que le saliera al paso. Medita en la nueva vida que la espera en la capital vecina de la que falta hace unos años y de donde conserva gratísimos recuerdos, habiendo dejado "buenos amigos", alguno de los cuales la escribe todavía de vez en cuando. ¡Son tan gentiles los porteños! Con la diestra metida en el bolsón de viaje aprieta un telegrama llegado hace apenas un instante y que se lo han entregado subrepticamente sin que Raúl se enterara y que, dice:

"Espérote anhelante. Iré a bordo a buscarte. Al fin vuelves. Besos. — Roberto".

Roberto es el "pendant" de Raúl, el mozo rico y generoso que la espera en la capital porteña. Hasta se parecen los dos en lo físico.

Raúl se detiene de golpe frente de ella, saca el reloj y dice con voz angustiada:

—Falta una hora ya! — y después de una larga pausa agrega plañideramente: — Te hubiera podido acompañar hasta Buenos Aires. ¡No lo has querido! — y ahogó un suspiro profundo.

Ella algo fastidiada aunque con dulzura fingida: — ¡Para qué?

¡A qué prolongar una situación que "es necesario" que termine de una vez! Y luego ya sabes que apenas llegue, saltaré materialmente del vapor al ferrocarril que ha de conducirme a Mendoza... Quiero llegar a bordo y acostarme en seguida. Ya sabes que me mareo horribilmente.

—Razón de más para que no te vayas sola.

—Sola no voy. Me acompaña Felisa mi "femme de chambre"...

—Bueno, Lyliana. Tienes razón. No discutamos más. Tú te irás y yo me quedaré aquí, adorándote por mientras viva, solo, abandonado y muerto en vida para siempre jamás!...

Se alejó de ella, dándole la espalda para que no viera apuntar dos lágrimas en sus ojos buenos. Lyliana sintióse conmovida por el sincero dolor que embargaba al joven. Ante ella se repetía la misma escena de despedida, que infaliblemente remataba sus estadas en todas las ciudades donde la habían amado. Tenía la desgracia de que todos se enamoraran estúpidamente de ella, de ella que tenía un alma fría como un témpano. Iba a consolarle pero se contuvo presintiendo que era peor el remedio que la enfermedad y permaneció en silencio, tranquila, oprimiendo con rabia el telegrama que guardaba en su bolsón de viaje.

Le había mentado piadosamente diciéndole que partía a Mendoza, consecuente con una contrata férrea e ineludible que la ataba a una jira determinada.

Con ello había logrado dejar mucho más tranquilo a Raúl que si le hubiera dicho que su intención era permanecer largo tiempo en la vecina capital.

Tras un largo silencio, Raúl aproximóse de nuevo a Lyliana. Colocóse frente de ella, muy cerca, la tomó de la barbilla con dulzura maternal e inclinándose la besó largamente en los labios, poniendo toda su pasión en aquel beso, que le fué devuelto por otro convencional, indiferente y desconsolador...

Mientras él se apartaba decepcionado, ella dijo por decir algo:

—¡Cuánto tarda el expreso! Hazme el favor de encender la luz.

Raúl obedecíala. Lyliana sentía en su interior una sorda irritación contra Raúl. ¡Caramba! Le había soportado con esa gentileza superficial que caracteriza a todas las artistas francesas; le había dado una apariencia de amor que a cualquier otro hubiera dejado satisfecho y ahora a punto de separarse el mozo se tornaba senti-

mental, meloso, dolorido. Era un hombre sediento y caía en la ingenuidad de ir a beber a una fuente agotada. ¡Qué culpa tenía ella! ¡Y qué fastidio no poder romper violentamente con él! Pero el agradecimiento es una obligación moral que toda actriz que se respete debe mantener firmemente en la memoria de los hombres como bandera de reclame destinada a favorecer sus negocios futuros. ¡Habían convivido juntos demasiado tiempo! ¡Casi dos meses ya! Le había sido fiel por comodidad más que por deber. Por lo demás habíase manifestado amable, discreta, nada exigente. Si él abonó los gastos de pensión es porque a él se le había ocurrido hacerlo. El la impuso casi groseramente la presentación de las cuentas de la modista, de la sombrerera, del peinador, del manicuro y de la masajista, del "instituto de belleza". ¿Acaso no aceptó sonriente y agradecida, retribuyéndole con el beso más ardiente de su repertorio, cada uno de los regalos que él la hiciera? Anillos, pulseras, "aigrettes, pendants". Todos de gran valor cierto; pero ella nunca había solicitado nada. Recordaba que una vez por complacerle se colocó en el dedo meñique ¡qué sacrificio! un anillo que ostentaba un vulgar brillante que no alcanzaba a pesar un kilate y medio! Rehusó con energía toda dávida en dinero corriente, haciendo cuestión de ruptura de relaciones; pero no ignoraba que él había colocado a hurtadillas en la cartera de viaje un sobre abultado. Salió de su ensimismamiento al observar que Raúl deteníase otra vez frente de ella y que titubeante, con voz apocada y rostro grave, la decía:

—Escúchame Lyliana. Comprendo que soy fastidioso contigo y hasta que no debería mortificarte con mis cariños y mis preguntas, pero tú sabrás perdonarme si te incomodo por última vez. Nos vamos a separar para siempre y antes de hacerlo deseo saber algo que para ti no debe tener ninguna importancia, pero que para mí la tiene muy mucha. Ruego y hasta exijo que me digas la pura verdad.

—Juro hablarte con entera franqueza — contestó ella sonriente, adivinando a donde iba a parar el mozo — No temas preguntar "mon petit".

Todos sus anteriores amigos la habían interrogado de la misma manera en el momento de la "cruel" separación, y éste no podía fallar.

Pero así iba a ser el "marronazo" que le reservaba.

—¿Durante el tiempo que hemos vivido juntos, has sentido en al-

gún momento, por un segundo quizá, un poco de amor hacia mí?

Ella le miró en los ojos, clavándole su mirada blanca, acerada de yacaré.

—“Jamais de la vie!” — contestó con toda “rosserie” y luego observando que el joven tuvo que apoyarse en un sillón para no caer desplomado, se arrepintió de su brutal franqueza y agregó atenuando el tono de sus palabras:

—“Mais mon petit”. El amor no nace en tan poco tiempo de relaciones. ¿Si tú me hubieras preguntado sobre la amistad? ¡Ah! ¿amistad sí? “¡Amitié amoureuse peut être!” Luego yo nunca, nunca, nunca he amado! Tú eres un “bon ami”, quizá el más buen amigo de los que he tenido; pero nada más. Tú me pediste franqueza absoluta. Perdóname si he cumplido tu deseo mas allá quizá de... tus deseos! Después, sabes: los otros me han preguntado lo mismo que tú — Y quedó tranquila y enigmática, sonriendo burlona y mirando fijamente los herrajes brillantes de una cartera de mano que estaba junto a ella. Y Raúl agarrándose a una última esperanza.

—¿Y tus besos? ¿Habría habido alguno, uno solo por lo menos, espontáneo, sincero, entusiasta, fruto de un instante de pasión y no de agradecimiento?

—¡A qué mentirte, “mon petit”! ¿Por qué exiges estas declaraciones que yo sé te son dolorosas? — Y se arregló fastidiada de veras un bucle que asomábale detrás de la oreja.

—Contesta sin compasión alguna. ¡Quiero oírlo de tus propios labios! — impuso con energía.

—Mira Raúl. Hasta ahora siempre que un hombre me ha hecho análogos preguntas, le he contestado mintiéndole.

La verdad está reñida con nuestra carrera... artística. Les he dicho sistemáticamente.

“Si te he amado hasta la “follie”, “te he besado como se besa a un dios”. Sí y sí, a todo. Era mi obligación de mujer agradecida. Nosotras, las artistas, somos como esos viejos cementerios árabes que se extienden fuera de las ciudades sobre el desierto de arena, donde no quedan ya, ni sepulcros ni muertos, ni nacen flores, ni canta un pájaro ni nadie viene a llorar. Y tú, “mon petit”, quieres destrozarte los dedos removiendo el erial de mi sensibilidad, queriendo hallar, aunque más no sea, el cadáver de mi amor; quieres buscar una sola flor de consuelo; quieres oír el canto del pájaro azul que tiene toda mujer en su alma y que murió al nacer en mi

corazón; quieres que te deje la limosna de un recuerdo agradable, para luego llorar mi ausencia. . . . ¿Para que te empeñas?

—Quiero saber — objetó él, obstinado.

—Y bueno sea. ¡No! Ni un solo beso de amor! Ni uno solo te he dado. Y se levantó agresiva y fría como una esfinge yéndose a arreglar el velo ante el espejo.

Raúl recibió el golpe sereno y valiente y, después de un breve instante de meditación, tendióle noblemente la diestra:

—¡Gracias, Lyliana! Me quitas un gran peso de encima. Créeme que quedo agradecidísimo a tu franqueza. Tu actitud me confirma en la idea de que me consideras un hombre y no un niño. Y para probarte la sinceridad de mis palabras, ten la bondad de escucharme:

Sacó del bolsillo de su sobretodo un estuche y dijo, mientras le sostenía frente de la mirada inquisidora de Lyliana:

—Para el caso en que me hubieras contestado afirmativamente, vale decir según mis deseos, había traído para ti un regalo que, a parte de su gran valor artístico, tiene para mí el mérito inapreciable de haber sido la joya predilecta de mi querida madre que en gloria está:

Lyliana comenzó a preocuparse seriamente y se maldecía en su interior por su franqueza tan extemporánea y atentatoria de sus "affaires". ¿Qué joya sería aquella?

—Mírala — dijo Raúl mientras abría el estuche.

Era una artística pulsera compuesta de hermosísimos camafeos que representaban escenas de Arcadia, alternados por esmeraldas cabuchones del tamaño de media avellana. Lyliana quedó extática mientras el joven gozaba de la admiración que despertaba la joya en aquella mujer insensible para todo lo que no fuera piedras preciosas y adornos personales.

—Como tu franqueza, Lyliana, merece recompensa, te ruego aceptes este último regalo. — Y se la tendió gentilmente.

—¡Oh, no! — Contestó ella, apreciando en todo lo que valía el gesto noble del mozo.

—¿Porque nó?

—¡Porque no merezco esta joya! — replicó Lyliana "sotto voce".

En efecto, por primera vez en su vida se consideró indigna de llevar en su cuerpo impuro una prenda de tanto valor moral. Raúl tomóle el brazo, quieras que no, y le colocó la pulsera.

—Te queda admirablemente — dijo con gracia.

Lyliana le miró rebotante de alegría con los ojos brillantes de pura emoción. Quedóse silenciosa analizando su situación tan menquina frente a la grandeza de alma de aquel hombre. Reflexionó acerca de su vida ambulatoria que, para su temperamento aventurero y versátil, tenía tantos encantos. ¿Qué fuerza atávica la impulsaba como bola sin manija por el mundo, de mar en mar y de ciudad en ciudad? No bien se ubicaba en determinada etapa de su ignota ruta, llevada por el acaso o por el capricho, aburríase hasta el fondo de su alma y con el más fútil pretexto partía abandonando situaciones de tranquilidad, rompiendo compromisos y contratos, dejando tras de sí enamorados a sus amigos de un día, que no podían comprender su extraño carácter y la razón de sus inesperadas desapariciones. "Ella era así!" Y no había nada que hacerle. Pero frente de Raúl, impresionada por el noble gesto del joven ocurriósele pensar que era llegada la hora de imponer la razón a su manía de golondrina errante, de meditar acerca de su partida casi innecesaria, que no sólo la alejaba de amigo tan gentil, tan generoso, tan bueno en una palabra como lo era él, sino que la hacía perder los beneficios que forzosamente había de acarrearle su consecuencia amorosa, o amistosa, permaneciendo al lado del joven el mayor tiempo posible. ¿No se lo había pedido él, de todos modos, que no se fuera, que la llevaría a su estancia, que le compraría un chalet en Pocitos, que se iría a Europa con ella, que la obedecería como si fuera su esclavo!...

Como todas las desarraigadas de su especie, muchas veces había pensado una vez llegada a la vejez, terminar sus días en una casita blanca rodeada de árboles, con gallinas y ánades de corral, "charrete" elegante con hermoso caballo en la cochera, un lebel echado a sus plantas en la terraza mientras ella leía la última novela de Jorge Ohnet, un danés o dos para cuidar de la quinta y un "chinés" para llevarlo en el manchón los días de mucho frío. Eso sí, muchos perros grandes, medianos y chicos!

Nada la impediría lograr su sueño dorado, anticipando de algunos lustros la fecha de su retiro de las tablas. Luego con probar... no perdía nada. Y como era resuelta y rápida en sus resoluciones, decidió de pronto no irse, quedarse y ensayar la manera de llegar a amar un poquitito a aquel buen muchacho. Quiriendo justificar en parte su nueva situación, después de un largo rato de reflexión, a pesar de que comprendía instintivamente que todo lo que objetara era ya inoportuno, dijo yendo hacia él:

—“*Mon petit!*” Tu deberías saber que nuestra vida es como un gran naufragio. Lo que valía en nuestra juventud, lo que tenía peso de verdad: amor ideal, virtudes femeninas, sentimientos altivos, es decir, el cuerpo de la nave, se ha ido al fondo de los mares, por causa de las muchas decepciones y de los muchos pesares recibidos. Ha quedado flotando lo que así no tiene valor, lo más liviano, los restos de nuestro ser moral, de nuestra alma eterna, con los cuales se puede hacer una pequeña balsa para seguir flotando a merced de las olas, pero jamás reconstruir la barca. ¿Me entiendes?... Cohibida por el silencio que guardaba Raúl, iba a continuar explicándose, cuando apareció en la puerta de la estancia el mensajero encargado de llevar el equipaje a bordo. Raúl, sin mirarla a ella, con voz resuelta dió las órdenes pertinentes. Ella no se atrevió a decirle nada de lo que había pensado y quedó en pie apoyando una mano en el respaldo del sofá, en silencio, con los ojos bajos, irritada por dentro consigo misma y, ¿por qué no decirlo?, con el corazón palpitante de extraña emoción...

Una vez que el equipaje fué llevado, Raúl miró su reloj y le dijo sin emoción alguna:

—Falta una media hora para la partida del vapor. ¿Vamos?

Adelantóse ella para salir, creyendo que al pasar por delante de él la iba a tomar en sus brazos para ser estrechada en ellos hasta el delirio y luego besada con arrobamiento. Pero nada de eso sucedió. Raúl la sintió pasar, sin que sus brazos se tendieran hacia ella, sin que un músculo de sus facciones se conmoviera en lo más mínimo. Llegó Lyliana a la puerta, dióse vuelta rápidamente y mirándole en los ojos casi con pasión le preguntó;

¿Y?... ¿Así?...

—¿Así qué? repitió él sin entender...

—¿Así, de este modo frío, indiferente, nos separamos?

Y él con tranquilidad.

—Ahora... “todo” está demás. Yo no soy como “los otros” que has dejado en otras ciudades. El amante acabas de matarlo. Queda vivo por milagro el amigo...

Mordióse los labios y despechada dijo:

—Como tú quieras. ¿Vamos!

Llegaron al automóvil, abrió Raúl la portezuela, introdujose ella como sombra, acurrucándose en el ángulo de su asiento, entróse él, y el “chauffeur” lanzó a toda velocidad su auto por las calles de la ciudad que conducían al puerto.

Como la velocidad de la marcha abreviaba el tiempo de que disponía, Lyliana, para integrar su proyecto de desistir del viaje, incorporándose en su asiento, tomó el bastón de Raúl y golpeó con él el vidrio delantero gritando al "chauffeur":

—¡Despacio! ¡Despacio! ¡Qué apuro, por Dios!

Abrevióse la marcha y entonces, como una gata mimosa, echóse sobre el pecho del mozo. Su mano buscó la de él y la oprimió significativamente. Luego en un impulso, irresistible al parecer, juntó su boca con la de Raúl y le dió el primer "beso verdadero" que había brotado de sus labios en todo el tiempo que tenía de vida. Pero le fué retribuído de la misma manera que lo había hecho ella un rato antes; fríamente, tímidamente, convencionalmente...

Y supo la crueldad de hacer un cariño y no encontrar el eco propio. Desprendióse de Raúl como fruto sazonado que a su pesar cae pesadamente del árbol; como pájaro herido en el corazón al intentar desde una rama cimbrante un vuelo de felicidad y volvió a su mutismo primero, mientras su velo ocultaba apenas el brillo de sus lágrimas amargas y ardorosas...

¿Despecho o principio de amor? El permanecía correcto y al parecer meditabundo. Había comprendido todo. Antes de que Lyliana le enterara que había estado equivocado acerca de ella, la amaba locamente; pero después, de súbito, se había dado cuenta de que ni él era el hombre predestinado para mujer de tanta envidia, ni ella era el ideal de amante con que había soñado. Convencido de ello, habíase resuelto a dejarla partir. Pero aquellas lágrimas y aquél beso...

Llegaron a la Dársena. El vapor daba la última pitada. Bajaron del automóvil y dirigieronse a bordo. Ella como si tuviera pies de plomo; él impulsándola con lijeros toques en los hombros contra su propia voluntad, a pesar de que de adentro de su ser una voz le decía a gritos estentóreos y desesperados, al menos tal le parecía a él:

—¡Hazla quedar! ¡Ella no quiere irse! ¡Te ama! Está arrepentida de haberte desengañado... ¡Te ama! ¡Te ama! — Pero la empujaba lentamente...

Llegaron juntos a la pasarela que conducía a bordo.

Detuviéronse ambos sin mirarse. De este lado de la pasarela estaba el peligro de una unión ilícita con todas las amarguras y decepciones consiguientes que han de sucederse a "la larga o a la corta"; del otro, la libertad, el olvido... Y también el

dolor, el tormento de la separación. ¿Qué hacer? ¡El tiempo apremia! Los mozos de a bordo agitan las campanas que indican la vuelta a la tierra de los que no han de viajar. Allí están los dos como clavados en el suelo. Ella, inconsciente, casi se echa sobre él. El la sostiene benévolo. Lyliana espera una sola palabra que tarda en llegar — ¡Quédate!

Y él la tiene en el borde de los labios. Vá a decirle, ya está casi... pero en ese instante suena una pitada corta y brutal de la bocina del vapor, como incitándole a obrar enérgicamente, a romper aquella situación insostenible. Raúl se repone, toma bríos y dice como un eco, como obedeciendo a "otro yo" insospechado que aparecía de golpe en su ser:

—Apúrate. ¡Vas a perder el vapor! — La empuja casi con violencia sobre la pasarela y mientras los pasajeros rezagados, arrastran a la joven como hoja muerta sobre una corriente, él desaparece cobarde, se pierde, se esfuma entre la multitud con el alma muerta, los ojos perdidos, gimiendo levemente como criatura que ha perdido una madre...

Cuando Lyliana subió precipitadamente a la cubierta para ver por última vez a Raúl, alcanzó a divisar una mano agitada que asomaba por la ventanilla de un automóvil que huía a toda velocidad. Sintióse desplomarse todo su cuerpo en aquella última decepción y a tientas, como mareada, como una sonámbula dirigióse a su camarote. Entró en él y arrojóse de bruces sobre el diván, sollozando con todo el dolor de un amor perdido, para siempre...

La fuente agotada se transformaba en manantial inagotable en el preciso momento en que Raúl no tenía más sed!

II

La carta decía así:

"Mon cocó:

"Hace unos minutos que he desembarcado y ya en mi fría y solitaria pieza de *pensión*, mi primer recuerdo es para tí: para tí, alma extraña y noble que te diste a conocer con todo egoísmo en el último instante de nuestra unión, cuando habíamos de separarnos quizá para siempre! Yo me creía curada de pasiones, yo que he visto ya tantos casos y presenciado las más ardientes y crueles despedidas yo, la fría, la impura, la indiferente, cuando creía que tu recuerdo iba a borrarse de mi memoria lo mismo que las

LA PASARELA

últimas luces que asoman entre la noche cuando un vapor se aleja del puerto, me he sentido de pronto atraída hacia tí, como por una fuerza ignota, pero no por eso menos poderosa. Sí; te lo confieso sin rubores. No creía en nuestra separación que ha sido como el mayor desgarramiento moral y físico que ha tronchado mi alma y todo mi organismo. Creía que tú comprenderías tácitamente mis deseos y me dirías en el último instante, antes de que yo cruzara la pasarela del vapor: "No te vayas; quédate".

"Pero aunque adiviné la lucha violenta que germinaba en tu interior nunca me figuré que tuvieras tanto carácter para ir en contra de tus propios anhelos y en contra de los dictados de tu pasión. "¿Verdad, mon cocó, que me dejaste partir por el tonto amor propio que tantas sandeces nos hace cometer a hombres y mujeres? ¿Porqué no te dije claramente: "quiero quedarme contigo porque te amo de veras?" ¿Por qué no lo dije? ¿Hubieras tenido el valor para rechazarme; para permitir que me embarcara después de una declaración tan categórica y sincera? Oh! mon cocó! Que arrepentida estoy de haberte dicho lo que te dije cuando exigiste de mí. te hablara con toda franqueza y que tuvo la mala suerte de originar un cambio tan radical en tu amor hacia mí. Nuestra vida es pura mentira. La mentira es la base de nuestra existencia... Para ser verdaderas deberíamos dejar el escenario, la pasión y la vida galante, de una vez por todas. Deberíamos llevar grabado a fuego en nuestra mente el lema: "si quieres ser feliz mientras siempre". Bien a mi costa pago ahora mi rasgo de sinceridad."

"Aprecio en todo lo que vale el bien que he perdido al perderte a tí. Tu eras el asilo generoso y confortable dispuesto a acoger la orfandad de mi corazón. Yo que soy una enferma de in-tranquilidad, he rechazado el reposo que tu amor me ofrecía; la felicidad serena y verdadera de una unión por elección de nuestras almas respectivas, para seguir en la caravana errante de las desarraigadas que vagan por todos los sitios estériles de la tierra como los yuyos malos dejando en todas partes frutos venenosos y espinas aceradas! ¿Porqué te escribo? ¿Acaso porque creo que tu, arrepentido de haberme dejado partir volverás sobre tus pasos y me escribirás una sola palabra: *vente!*?"

"No! Sé que ello es imposible ahora. Los hombres de tu carácter aceptan los hechos consumados, con todo estoicismo aunque se les amargue la vida y se vuelvan locos de dolor. Te escri-

bo para castigarme, para humillar mi soberbia de mujer acostumbrada a jugar con toda clase de hombres. Es justo que le rinda este tributo al hombre que ha sido el vengador de tanto desgraciado como he dejado por esos mundos. Ahora, solo me resta decirte lo siguiente: En cualquier momento de tu vida, en que necesite tu corazón de herido una buena y sincera hermana de caridad para atenderlo, cuidarlo y quizá curarlo, acuérdate de mí. Un telegrama y en seguida, *me halle donde me halle, esté donde esté*, correré presurosa a tu llamado ¡Lo juro! La pulsera que me regalaste en la que brillan agresivas hacia mí, tal me parece, las esmeraldas como ojos de sirenas, y lucen su belleza placentera los camafeos con reproducciones de cuadros de Watteau, ciñe mi muñeca como una pasión torturante y dulce a la vez. ¿Cuál de los dos símbolos es el que me depara tu amor en el porvenir?

“Rogarte que contestes esta carta ofendería mi amor propio. No obstante, de rodillas ante tu gracioso y divino recuerdo te imploro mi dios, mi infierno, mi todo: contesta dos líneas tan solo. Hay lágrimas para recibir la carta que escribas. Sí, lágrimas de alegría.

“Por siempre

Lyliana.”

*
* * *

La carta llegó a su destino. Fué leída con sincera emoción y hasta con visible satisfacción. El primer impulso fué obedecer al solapado consejo de los restos de su pasión todavía palpitante y casi le escribe la sacrosanta palabra “*vente*”.

Después de unas horas de meditación resolvió dar un com. pás de espera a su inquietud, a sus ansias, a su amor que renacía inesperadamente del seno de sus propias cenizas. No tenía valor para rechazar a Lyliana, en forma definitiva, ni tampoco se atrevía a atraerla nuevamente a su corazón. Optó por una excusa de esas que sin comprometer a nada dejan las cosas en suspenso por tiempo indeterminado. Y escribió:

“Lyliana siempre amada:

“Tu carta me ha llenado de íntima satisfacción y también de suprema amargura. La satisfacción de saber que ahora me amas y la amargura de comprobar que nuestra separación fué innecesaria y contraria a nuestros anhelos. El destino, ha jugado con

nuestro amor. Nos vengaremos de ese señor destino; pero te pido un breve compás de espera. Un asunto de índole seria me aleja por unos días de esta ciudad. Voy a poner un poco de orden en la estancia. De vuelta de ella iré a Buenos Aires y allí hablaremos de todo lo que nos atañe y que es imposible tratar por correspondencia. ¿Tendrás paciencia por unos días?

Recibe el corazón de tu siempre amante—Raúl”

*

* *

La ausencia de Raúl se prolongó por unos meses. Lluvias, mortandad de ganado, pérdida de cosechas, todo se conjuró para impedir su viaje a la capital. Y porqué no decirlo, una tranquilidad de espíritu cada día más acentuada como la que experimenta un convaleciente que ha salvado por milagro de una grave enfermedad.

La vida sana y laboriosa del campo, reconfortóle su alma cansada del *far niente* de la ciudad. Un noviazgo pasajero con una hija de un *puestero* de la estancia amortiguó su amor por Lyliana y oh! incongruencia del corazón humano, oh! incalificables impulsos de la voluntad, cuando pasó por Buenos Aires lo que menos pensó fué ir en busca de Lyliana. Al contrario; pasó un día de intranquilidad temiendo verla surgir como de un escolillón, con su somnisa felina y su mirada helada de *yacaré*, por algún restaurant, en algún paseo, o en cualquier sitio inesperado. Huyó de la ciudad como el que se salva de un gran incendio..;

Cuando el vapor desamarró del muelle y se hubo alejado de la costa largo trecho, recién entonces lanzó un suspiro de alivio aunque por dentro el torcedor de una duda le hizo sufrir una leve opresión de alma.

Se maltrató de ingrato, de egoísta de indigno, etc. etc. Pero lo cierto es que tuvo carácter para no volver al lado de Lyliana que se moría de amor esperándole; que se moría de angustia por el silencio sistemático de él; que se moría lentamente de pena al tener la evidencia que Raúl había muerto para ella, por siempre jamás. .

*

* *

Apenas Raúl llegó a su casa, el criado tendióle un telegrama que estaba allí desde hacía cuatro días.

Decía:

"Cocó: Encuéntrame gravemente enferma sanatorio Belgrano. Estoy sola y no quisiera morir sin verte.

Espero....

Lyliana."

Y él, que había pasado por Buenos Aires el día anterior como sobre ascuas no deseando encontrarse con su ex amante. Aquel "espero" puesto al final del telegrama era un llamado que no podía eludirse, era un pedido discreto al par que enigmático.

Rebosa de salud, Lyliana era un peligro para él; pero gravemente enferma y sola en un sanatorio creyó acertadamente que su deber era correr a su lado. Cuestión más de humanidad que de impulso amoroso. Por lo tanto, resolvió reembarcarse aquella misma noche e ir al lado de la enferma.

*
* *

Y llegó al sanatorio. El portero, la enfermera de la sección donde se hallaba el departamento de Lyliana, le recibieron como a persona conocida y muy esperada. La impaciencia de la enferma se había contagiado seguramente a aquellas buenas gentes. Impresionado hasta la médula penetró en la estancia.

Reinaba una penumbra agradable; pero la blancura de las paredes, de los muebles, y de todas las cosas circundantes hacía visible hasta el menor detalle. Lyliana dormitaba recostada entre grandes almohadas, pálida como una muerta, con unas ojeras intensamente sombrías. Una cofia artística cubría su bella cabecita, dejando escapar algunos rulos de oro como guías de una planta marchita que buscaron sin encontrar, apoyo donde enroscarse.

—Duerme — dijo la enfermera, y agregó con real pesar. — Pobrecita! Es la más santa y buena de todas las asiladas. No quiere comer, no desea tomar los fortificantes y remedios que le restan y dice siempre con voz ahogada reflejando una profunda angustia: "quiero dormir... quiero dormir para siempre..."

Raúl sintió que se invadía una compasión infinita y que un sollozo inmenso le subía a la garganta. Pudo, sin embargo, trom-

LA PASARELA

charlo enérgicamente y tras un rato de meditación dijo a la enfermera:

—Déjeme solo. Esperaré a que despierte.

—Oh! Cuando despierte y le vea a usted se curará en seguida. ¡Vaciló tanto antes de mandarle el telegrama! Fué a raíz de un fuerte ataque en que se sintió muy mal, que se decidió a anunciarle a usted su enfermedad. ¡Pobrecita! Se lo envió sin convicción: "No vendrá! No vendrá! Ha dejado de amarme y yo misma he echado una mortaja sobre su amor. Ahora solo soy yo la que le ama!"... Mire usted, se mueve. Ocúltese. Es mejor que yo la prepare.

Raúl escurrióse a la pieza contigua, mientras la enfermera decía a Lyliana, ya desvelada:

—El señor de Montevideo ha contestado... que estará aquí lo más pronto que le sea posible...

—Ah! sí! Es tan bueno! — dijo Lyliana mientras un dulce rubor la coloreaba las mejillas — ¿Pero cuándo? — agregó con un golpe de impaciencia. — ¡Qué martirio saber que va a venir y no en seguida!

—Creo que será más pronto de lo que usted espera.

—¿De veras? — e instintivamente tomó un espejo de manos que estaba a su alcance, se miró en él y dijo con sincero dolor: — Me vá a encontrar fea! Abra usted la ventana. Alcánceme la polvera, el carmín...

No había terminado de hablar cuando Raúl irrumpió en la estancia gritando con voz embargada:

—¡Lyliana! ¡Lyliana! ¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!

Ella abrió los ojos de mirada blanca y cayó sobre la almohada exhausta de fuerzas por la emoción, ahíta de felicidad. El la estrujó, besándola con fruición y ella volviendo en sí, le tomó la cabeza con ambas manos, la estrechó contra su seno y comenzó a mecerle dulcemente como si de pronto se hubiera convertido en madre de aquel hombre, hijo pródigo ansiado largo tiempo que al fin volvía a sus brazos. Después le besó en los ojos, en la boca, en los oídos, diciendq infantilmente antes de cada beso:

—Para mis ojos, que no me querían mirar más. *Este es* para mi orejita que no quería oír más mi voz! — y así interminablemente, obsesionada, más ávida de hacer caricias que de recibirlas. — Ahora estoy segura de curarme pronto!

—¿Pero, qué enfermedad tienes?

—¿Enfermedad? — y ruborizándose toda, dijo zalameramente casi balbuceante: ¡Enferma de amor!... — Y se cubrió el rostro con las manos.

Luego se sucedieron las confidencias y el relato de los mutuos pesares, ambos aparentemente felices. Raúl instalóse en el sanatorio, en una estancia allí próxima. Lyliana se hallaba muy delicada, casi clorótica. Necesitaba mucho descanso, alimentarse bien y no preocuparse de nada. La convalecencia comenzó en seguida y todo hubiera ido a las mil maravillas, si Lyliana, no hubiera observado que Raúl después de los primeros días en los que se manifestó amoroso y hasta jovial de hallarse a su lado, comenzó a mostrarse triste, cayendo en prolongados mutismos injustificados. Grave y pensativo aunque siempre correcto, su estado de ánimo comenzó a preocupar seriamente a Lyliana. Pensó que la obligada encerrona en el sanatorio a la que él habíase sometido voluntariamente por hacerle compañía, podía ser la causa de aquel cambio de carácter y juzgó que debía obligarle a distraerse en la ciudad durante algunas horas del día.

Como él se resistiera a dejarla sola, ella inventó pretextos. Le obligaba a ir en busca de flores o de algún artículo de tocador, o un dulce cualquiera. Caprichos que Raúl creía sinceros y que cumplía con su bonhomía habitual.

Las frecuentes salidas no le modificaban el carácter. Lo que a Raúl le preocupaba no era la enfermedad de Lyliana ni el tiempo que perdía en acompañarla. Esto último lo hacía sin violencia alguna, con sincera buena voluntad. Creía que era su deber y nada más.

Pero la razón de su cambio había que buscarla en la convicción que habíale venido de que no amaba a Lyliana. Sencillamente: no la amaba más.

La estimaba como a una buena amiga. Estaba dispuesto a hacer todos los sacrificios imaginables, pero menos el de volverla a hacer su amante.

En balde mostrábase a ratos cariñoso y galante para con ella. En balde lograba darle a la pobre mujer, que en su soledad y en su desgracia se aferraba a él como un náufrago a un salvavidas, la sensación de que era correspondida en su amor. La enga-

fiaba a ella pero no a sí mismo y esto era lo que le tenía amargado y descontento.

Mas Lyliana no tardó en comprender que Raúl se le iba lentamente de las manos, y para justificar este aserto, la casualidad intervino cruelmente.

En ausencia del joven, Lyliana sbase a la estancia de éste caminando lentamente, apoyándose en los muebles, pues su debilidad era extrema, y una vez allí entreteníase en poner en orden los objetos de uso de Raúl. Arreglábaie las corbatas; acariciaba con sus finas y casi transparentes manos las prendas de uso interior; besaba con fruición sus pañuelos, quedábase como encandilada frente de un alfiler de corbata o de un par de gemelos; todas cosas que tocaban una parte del cuerpo adorado de Raúl. Una tarde al refistolear dentro de la sombrerera, tropezó con una postal que representaba un paisaje campero: unos sauces llorones, un arroyo y un puente. Por sobre el paisaje se leía en gruesos caracteres:

"A Raúl.

Recuerdo de una tarde encantadora.

Teresita."

Teresita era la hija del *puestero* de la estancia con la que Raúl había tenido un *flirt* de esos que duran lo que la flor de un día. Pero para Lyliana aquella postal fué la clave tan buscada del enigma. Volvió muerta de dolor a su lecho, gimiendo como un corderito extraviado en medio de una helada en pleno campo. Su convalecencia tan bien iniciada trocóse nuevamente en gravísima enfermedad de su alma.

Cuando volvió Raúl y se encontró con aquel cuadro inesperado quedóse sorprendido y afligido de veras. Lyliana concretóse a no hablarle nada. Unicamente cuando él no la observaba permanecía mirándole dulcemente a través de un tenue velo de lágrimas. Un día en que él la interrogaba con insistencia:

—¿Porqué no me hablas? ¿Porqué rechazas los alimentos y no tomas las pociones que te recetan?

Y ella contestó interrogándole a su vez:

—¿Porqué no me amas como yo a tí?

—Pero, si yo te amo —. Y no supo imprimir ninguna convicción a lo que decía.

—No! tu *debes* querer a otra mujer!

—Te juro por las cenizas de mi madre, que no amo a otra mujer.

Y ella en su interior, suponía que él la mentía por compasión, y le juraba en vano para que ella quedara tranquila.

A Lyliana le escocía en los labios el nombre de Teresita; pero por un resto de amor propio no quiso darle a conocer a Raúl que sabía su secreto. ¡Su secreto! ¡Tan ajena estaba Teresita a los actuales pensamientos del joven! Lyliana empeoróse cada día más. La incertidumbre de su vida ambulatoria se le presentaba en toda su tristeza, — quizá influenciada por su dolor y por el cuadro tan desconsolante del sanatorio en que vivía, — ahora que amaba sin ser correspondida.

¿A qué seguir viviendo? ¿Para qué renovar pasiones, amores, decepciones, que habían de seguir sucediéndose sin cesar por el resto de sus días? Ya que no podía vivir al lado del ser que amaba, pensó en morir junto a él. Pensó en cerrar los ojos entre los brazos de su amor, oyendo sus dulces palabras, sintiendo su varonil aliento y el calor incendiante que emanaba de aquel cuerpo vigoroso y juvenil. Era de las *desarraigadas* que caen vencidas al primer contraste serio de su corazón. Decidida a morir, cumplió como una heroína su sacrificio, sin vacilaciones, sin remordimientos, físicamente resuelta.

—No te alejes de mí. Puedo entrar en agonía de un momento a otro. Ya sabes, mi Raúl; amortájame tú. Tú mismo me llevarás de la cama en la que estoy hasta mi último lecho. Creo que después de muerta al sentirme en tus brazos volaré pronto al cielo. ¿Recuerdas, Raúl, la pasarela del vapor? Del lado de la tierra estaba mi salvación, del lado del mar mi naufragio. Tu me negaste la tierra y ahora el mar me lleva... me lleva. Abrázate a mí fuerte, fuerte. Junta tu boca con la mía. Toma mi último suspiro. Recibe en tu pecho la última palpitación de mi alma. Se me cierran los ojos pero te veo. — Y luego en un último espasmo susurró claramente:

"A Raúl.

Recuerdo de una tarde encantadora.

Teresita"

—No! No! — Gritó fuera de sí Raúl comprendiendo al fin la razón de aquel lento suicidio. ¡Te juro que es mentira! Fue

una tontera, un flirt inocente que pasó! Te amo a tí; a ti sola, mi Lyliana.

Pero ella ya no lo oía. Su rostro se sonreía en la última sonrisa de las enamoradas moribundas, sus ojos blancos se nublaban y de sus labios finos y pálidos apenas entreabiertos brotaban como tenue hábito, las palabras:

—Recuerda la pasarela! ¡Recuerda la pasarela...!

Otto Higinio Lami

Montevideo, Septiembre de 1918.

Empiece mañana y continúe todas las mañanas

Adquiera la costumbre
de tomar un vaso de agua caliente antes del desayuno

No permanecemos mucho tiempo en este mundo; así, pues, hagamos nuestra estada agradable. Vivamos bien, comamos bien, trabajemos bien, durmamos bien y parezcamos bien. ¡Cuán venturoso estado por alcanzar y, sin embargo, cuán fácil de conseguir con sólo que uno quiera adoptar el baño matinal interno!

Las personas acostumbradas a sentirse pesadas y enfadosas cuando se levantan, con fuertes dolores de cabeza, tupidos a causa de resfriados, con lengua saburrosa, aliento fétido y acedia pueden, por el contrario, sentirse frescos como una margarita, abriendo los canales del sistema todas las mañanas y eliminando la totalidad de la materia venenosa interna estancada.

Todo el mundo, ya sienta dolores, esté enfermo o esté bien, debería tomar todas las mañanas antes del desayuno un vaso de agua caliente con una cucharadita de fosfato limestone, para eliminar del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos las substancias indigestas del día anterior, la bilis ácida

y las toxinas venenosas, y así limpiar, suavizar y purificar todo el canal digestivo antes de introducir más alimento en el estómago. La acción del agua caliente y del fosfato limestone sobre el estómago vacío es fortificante de modo maravilloso. Elimina las fermentaciones ácidas, los gases, desechos y acidez y da un espléndido apetito para el desayuno. Mientras usted está desayunándose, el agua y el fosfato están tranquilamente extrayendo un gran volumen de agua de la sangre y preparándose para hacer un lavatorio completo de todos los órganos internos.

A los millones de personas que padecen de estrefimiento, ataques biliosos, desarreglos del estómago, reumatismo; así como otros que tienen piel cetrina, desórdenes de la sangre y aspecto enfermizo, se les recomienda procurarse en la botica un cuarto de libra de fosfato limestone. Este les costará muy poco, pero es suficiente para hacer de cualquiera un notable maniacó respecto a la limpieza interior.

Para informes: L. F. MILANTA, Rivadavia 1255 - Bs. As.

La Novela Semanal

Aparece todos los lunes con una obra completa e interesante de los mejores escritores argentinos.

PRECIO DEL EJEMPLAR: \$ 0.10. — Suscripción única anual \$ 5.—

PUBLICADAS

1. Una hora millonario, de E. García Velloso, 5.ª edición.
2. La Huelga, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría), 5.ª edición.
3. Artemis, de Enrique Larreta, 4.ª edición.
4. Una madre en Francia, de Belisario Roldán, 5.ª edición.
5. Luna de miel, de Manuel Gálvez, 3.ª edición.
6. La Psiquina, de Ricardo Rojas.
7. Werther y Don Juan, de J. Ingenieros, 5.ª edición.
8. El cofre de ébano, de Alejandro Sux, 4.ª edición.
9. Un peón, de Horacio Quiroga.
10. El instinto, de Pedro Sondéreguer, 5.ª edición.
11. La evasión, de Benito Lynch, 3.ª edición.
12. La ciudad del amor y de la muerte, de Julián de Charras, 3.ª edic.
13. El Babú de Narayana, de Carlos Muzzio Sáenz Peña, 2.ª edición.
14. Expinción, de J. L. Fernández de la Puente, 2.ª edición.
15. Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton, 4.ª edición.
16. Plutón, de Julio Navarro Monzó, (agotado).
17. Bobó, de Miguel R. Roquendo, (agotado).
18. La esfinge, de Julio del Romero Leyva.
19. En la senda, de Oscar Tarloy (Antonio Juliá Tolrá).
20. La voluptuosidad del poder, de P. Sondéreguer, en 3 partes, 3.ª ed.
21. El tul violeta, de la Sra. d. R. de Orlándiz, (agotado).
22. La degollación de los inocentes, de Atilio Chiappori.
23. El apóstol del Ayú, de Juan José de Soiza Reilly, 2.ª edición.
24. Holocausto, de César Carrizo, 3.ª edición.
25. El pozo de las murenas, de Pedro Angelici, 2.ª edición.
26. La diva, del Marqués de Atela.
27. Hipódromo, de Mario Bravo, (agotado).
28. La revelación, de José León Pagano.
29. El caballo de Carcela, de José de Maturana.
30. Dorios, de Cyro de Azevedo, 2.ª edición.
31. La expulsión de los doctores, de E. Richard Lavalle.
32. Del parraso al chiquero, de Eustaquio Pellicer.
33. Cristina, de Alfredo Duhau (número extraordinario), 2.ª edición.
34. El ataja-camino, de Juan Carlos Dávalos.
35. La conversión, de Claudio de Souza.
36. El último brindis, de César Carrizo.
37. El hombre de la barba en punta, de Miguel R. Roquendo.
38. La Casa de los Cuervos, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría), en 3 p.
39. El alma de Buenos Aires, por Enrique Gómez Carrillo.
40. Una "girl", por Agustín Remón (número extraordinario).
41. Córdoba Triste, por Luis Rodríguez Embil.
42. Triluidad Guevara, por Enrique García Velloso.
43. El Hambre, por Pedro Sondéreguer.
44. El Ucumar, por Ricardo Rojas.
45. Poligamia sentimental, por E. Carrasquilla Mallarino.
46. "Chez Mme. Lucie", por Julio del Romero Leyva.
47. La historia de la muchacha, por Agustín Remón.
48. "Caballero Audante" — Homenaje a Diego Fernández Espiro, por Hugo del Monte.
49. "El chino del Dock Sur", por Héctor Pedro Blomberg.
50. "El cocobacillo de Herrlin", por Arturo Cancela.
51. El Héroe, por Eligio González Cadavid.
52. Una Historia Absurda, por Pilar de Luzarreta.
53. Confesiones de una mujer, por César Carrizo, en tres partes.
54. "Le jour de Gloire est arrivé", por Julián de Charras, en homenaje a los aliados.
55. Los ojos negros, por José López Silva.

PRÓXIMAMENTE — NÚMERO ESPECIAL EN DOS PARTES
"EL BASTONAZO", por Belisario Roldán

EN PREPARACIÓN

"Homúnculus",

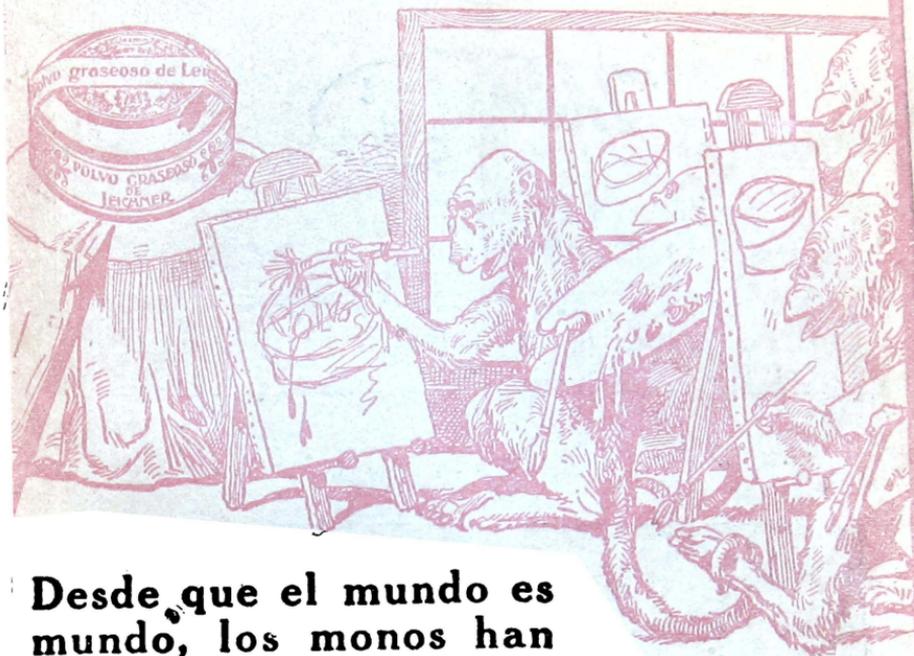
Sensacional novela científica de PEDRO ANGELICI, autor de "El Pozo de las Murenas".

Sucesivamente obras de: Lugones, Muzzio Sáenz Peña, Mariano de Vedia, Mamá Justa, Horacio Oyhanarte, Rubén Darío, Agustín Remón.

A LOS ESCRITORES: — No se admiten trabajos en esta dirección que no sean escritos a máquina, no se devuelven los originales, ni se sostiene correspondencia sobre los mismos.

Vea en avisos anteriores las Bases y condiciones del Concurso Obsequio, que vamos realizando con todo éxito.

\$ 4.650 en efectivo
1.237 PREMIOS.



Desde que el mundo es mundo, los monos han tenido siempre la manía de la imitación.

Los productos buenos nunca han podido librarse de imitaciones.

Y es por eso que todos pretenden imitar al ya consagrado

Polvo Graseoso
LEICHNER

pero que nadie, absolutamente nadie, ha podido, ni puede, ni podrá igualar.

Exija a su vendedor el legítimo Leichner y puede estar segura que ha adquirido un producto ideal para realzar la belleza femenina.

DE VENTA EN TODAS PARTES